

Mis 14 crucifixiones

DAVID JIMÉNEZ. San Pedro de Cutud (Filipinas)

Será el próximo Viernes Santo al mediodía, cuando el Sol se alce sobre el monte Burool y los vecinos se reúnan en lo alto de la explanada. Herosito Sangalang se crucificará por decimoquinto año consecutivo y, sujeto a la madera por los cuatro clavos de 11 centímetros que le atravesarán pies y manos, contemplará por última vez el rostro de admiración de los habitantes de San Pedro de Cutud. «Ésta es la última vez, después me retiro», asegura el héroe de la villa filipina situada a 80 kilómetros de Manila.



CUATRO CLAVOS. Herosito Sangalang muestra los cuatro clavos de 11 centímetros con los que se crucificará el viernes por decimoquinta vez. Siempre usa los mismos; los guarda en un bote con alcohol.

Vendedor de pescado seco en paro, jugador de cartas, algo bebedor, padre de tres hijos e intermediario de apuestas de peleas de gallos. Así es Herosito Sangalang, conocido simplemente como Cristo. En 1986 prometió crucificarse 15 veces si Dios atendía sus plegarias y sanaba a su madre de una tuberculosis. «Los dos hemos cumplido el trato», dice ahora que se acerca la hora de su última penitencia.

Los más jóvenes de San Pedro y algunos que ya no lo son tanto llevaban años esperando este momento. Todos sueñan con suceder a Cristo, y ser ellos quienes representen la muerte de Jesús en la cruz ante la muchedumbre, los turistas y las cámaras de televisión que cada Semana Santa llegan a este pueblo completamente olvidado durante el resto del año.

Muchas flagelaciones y haberse crucificado más veces que nadie consecutivamente en los últimos años son los méritos que deciden al elegido. Por eso este año se martirizarán con Herosito 15 voluntarios más, incluida una mujer. Dos de ellos representarán a los ladrones que Pilatos mandó ejecutar junto a Jesús. El resto simplemente tratará de sumar puntos para optar a un puesto entre los protagonistas de futuros Viernes Santos.

Pero eso será en el futuro. El viernes, como cada año, y siguiendo paso a paso la representación del Vía Crucis descrito en la Biblia, Herosito Sangalang, de 41 años, será arrestado en su casa por supuestos soldados romanos que romperán la tranquilidad del pueblo vestidos de centuriones y subidos a lomos de no menos supuestos caballos imperiales. El reo será conducido ante Pilatos, interpretado por otro de los vecinos, quien, como describe Mateo, «mandando traer agua», se lavará las manos «a la vista del pueblo diciendo: "Inocente soy de la sangre de este justo: allá os lo veáis vosotros"» (Mt 27, 24).

Los asirios, fenicios y persas practicaban la crucifixión en el primer milenio antes de Cristo, pero fueron los romanos los que un siglo antes de Cristo adoptaron el método como un castigo oficial cuyo objetivo era la humillación antes de la muerte. La sentencia siempre se cumplía fuera de la ciudad para no ofender a los romanos, que quedaban exentos de ser condenados a una pena pensada para los esclavos.

GEMIDOS DE DOLOR

Los vecinos de San Pedro de Cutud guardan en una iglesia cercana las cruces de cerca de tres metros de altura y 50 kilogramos de peso. Herosito y los otros dos crucificados deben arrastrarlas a cuestas a lo largo de los cuatro kilómetros que hay desde la entrada del pueblo hasta el monte Burool, donde cientos de turistas asisten al espectáculo cada año.

«En realidad la cruz no la pueden cargar ni cuatro hombres. Pero a mí se me hace ligera, Dios le quita el peso para que la pueda llevar hasta el final», dice a este periodista el veterano penitente filipino, que luce pelo largo rizado y una barba que los genes no dejan que crezca todo lo que él quisiera.

Una vez en el lugar del calvario, soldados romanos atan a los detenidos a las cruces y, una a una, con dos martillazos secos, clavan las alcayatas de acero. Dos de ellas atraviesan las palmas de las manos justo en el centro. Otras dos agujerean el final de las plantas de los pies y es entonces cuando se pueden oír los primeros gemidos de dolor contenido.

Los vecinos levantan después la cruz y para Herosito llega el momento de aguantar entre 20 y 30 minutos bajo un sol de justicia y un calor tropical con temperaturas de hasta 35 grados. Las cuerdas situadas alrededor de las muñecas sirven para sujetar mejor los cuerpos a las cruces y hacen de torniquetes para controlar la hemorragia.

Herosito, sin embargo, minimiza su tormento. «Cuando estoy ahí arriba no siento dolor, es como estar elevado, tocando el cielo. Lo más doloroso es cuando te quitan los clavos porque hay que poner alcohol enseguida para que las heridas no se infecten. Después se vendan y en tres días no queda nada», dice mostrando unas cicatrices casi imperceptibles en las palmas de sus manos.

Aunque no lo parezca, la crucifixión es menos dolorosa que la flagelación a la que se someten los dos centenares de vecinos que siguen a Herosito por las calles del pueblo. Las cuerdas de los látigos se atan a palos de bambú y a menudo terminan en afiladas piezas de metal.

Los participantes en la procesión se fustigan con tal fuerza que los turistas que se sitúan a ambos lados del camino acaban empapados con la sangre de los penitentes. La piel cae a tiras pero no importa: ellos siguen con el castigo.

Otros se arrastran por el suelo durante varios kilómetros rasgándose la piel con el asfalto. Todos han pedido salud para algún familiar, un trabajo para un hijo o quizás un buen marido para la hija menos agraciada. «Nuestras peticiones sólo se cumplen si el sacrificio es real, por eso debemos hacer esto. A veces cuesta muchos años que el Señor te conceda un único favor», aseguran algunos lugareños.

A pesar de que los ritos de San Pedro se han convertido en un espectáculo turístico, ninguno de los participantes cobra dinero y cualquier insinuación al respecto es recibida con indignación. El pueblo, no obstante, sí se beneficia cada año con la visita de unas 20.000 personas y algunos espabilados venden camisetas o instalan improvisados puestos de refrescos.

EN LA MISERIA

No es extraño que florezca esta picaresca. San Pedro de Cutud representa a la Filipinas más deprimida. El Viernes Santo es el gran acontecimiento en un lugar que el resto del año vive entre el desempleo y la pobreza, el alcohol y las drogas entre los más jóvenes, o la prostitución, único medio de vida para muchas jóvenes que acuden a la ciudad a ganar algo de dinero.

Unas pocas familias controlan, a pesar de las reformas agrarias, el 40% de la tierra en Filipinas, un reparto desigual de la riqueza que se mantiene desde la época colonial y que es, en parte, origen del Vía Crucis que representan decenas de pueblos en todo el país.

Antiguamente, los campesinos filipinos identificaban la opresión que sufrían por parte de los señores españoles con el sufrimiento de Jesucristo, de manera que la imitación

de su calvario se convirtiera en la única forma de expresar su situación de miseria. El Viernes Santo sigue siendo hoy en muchas poblaciones una mezcla de fervor religioso, ritos indígenas que todavía se mantienen en el mundo rural y, en no poca medida, exhibición de las penalidades propias.

La Iglesia de Filipinas, el único país católico de Asia, admite que las flagelaciones se dan en las capas sociales menos educadas y más pobres del país. No recomienda la participación en los actos de Semana Santa de San Pedro de Cutud, pero tampoco se opone a ellos. «Si lo hiciéramos estaríamos alejando a esa gente de su fe», dicen los líderes católicos en Manila.

Así, con el beneplácito y a veces los ánimos de las parroquias, la tradición de las crucifixiones reales ha calado en los adolescentes y promete mantener vivo el espectáculo por muchos años.

No hay, sin embargo, distinción de sexos y una mujer, la cuarentona Amparo Santos, se crucificará este año por séptima vez.

Muchos vecinos recuerdan que gracias a su devoción a Cristo los demonios no han vuelto por el pueblo, antes conocido como Cutud («criatura diabólica») a secas. «El nombre no es casualidad. Cuando yo era niño los demonios perseguían a las mujeres embarazadas y se llevaban a sus hijos. Gracias a que somos religiosos aquellos monstruos no han regresado», asegura Abner Aquino, que durante seis años se ha arrastrado por el asfalto tres kilómetros para pedir buena salud para su familia. Este año, a los 52, también él ha decidido dejar hueco a los más jóvenes.

VOCES CRÍTICAS

La población rural filipina mezcla a menudo la adoptada religión católica con creencias indígenas previas a la conquista. Las pocas voces críticas sobre el extremismo con el que se vive la Semana Santa en algunos lugares se pueden leer en aislados artículos de la prensa local. «Se fomenta nuestra cultura del sufrimiento», se queja un articulista. «Es un espectáculo para turistas mirones», dice otro. Pero en general los filipinos ven con simpatía las penitencias.

Ajeno a quienes creen que es un fanático, Herosito Sangalang visita estos días el lugar donde en cinco noches se convertirá en la estrella. «Cuando estoy colgado de esa madera me siento en paz con Dios. Los días previos el Señor me visita en sueños y me habla», dice. «Pero ha llegado el momento de dejarlo».

Su amigo Aquino, que hace de centurión romano, le anima y asegura con la voz en alto que «Herosito siempre será nuestro Cristo». Su mujer, Salve, espeta que está «orgullosa de lo que ha hecho todos estos años». Y él, como si se discutiera de fútbol, añade que a partir del viernes se convertirá en entrenador de crucificados. «Sí, para que los chavales sepan cómo debe hacerse», se dice a sí mismo mirando al cielo.

El viernes, nada más acabar su última crucifixión, todos los vecinos acudirán a misa y rezarán por la Resurrección. La de Cristo, su Señor; y la del otro Cristo, Herosito.

Con información de José Manuel Vidal

▶ PENITENTES EN ESPAÑA por JOSÉ MANUEL VIDAL

Son legión los españoles que durante la Semana Santa hacen penitencia. Antes se les pagaba un salario. Hoy, los penitentes cumplen alguna promesa hecha a Dios. Éstas son algunas manifestaciones de fervor.

Flagelantes: mortifican sus carnes a latigazo limpio. A veces esta mortificación llega a extremos dramáticos, como en el caso de los «picaos» o «disciplinantes» de San Vicente de la Sonsierra (La Rioja). Desfilan abriendo el paso a las procesiones, al tiempo que flagelan su espalda desnuda durante horas con mazos de hebras de algodón al unísono de los redobles, en señal de mortificación. Finalizado el automartirio de más de 500 azotes con látigos de más de cinco kilos de peso, uno de los cofrades inspecciona cuidadosamente sus espaldas, realizando un corte con una «pica» (utensilio de cera que lleva incrustados fragmentos de vidrio) en cada hematoma.

«Empalaos»: llevan su cabeza cubierta con un fino velo blanco, sobre su cuerpo desnudo se ponen una enagua blanca y sobre los hombros el timón de un arado. Con los brazos en cruz se les ciñe con una soga desde la cintura hasta los dedos. Los más famosos son los del Valverde de la Vera (Cáceres).

Descalzos: procesionar descalzo es habitual en las principales ciudades extremeñas. También se hace en Galicia y en Castilla y León, particularmente en Zamora, a pesar del frío que suele hacer.

Cadenas: en Extremadura, Castilla-La Mancha, Andalucía o Cataluña son muchas las personas que, descalzas o calzadas, recorren las calles con pesadas cadenas atadas a los pies. Son típicas de las procesiones de Guadalajara y de Sevilla, donde, después de las saetas, el silencio sólo se rompe con el sonido de las cadenas de los penitentes.

Cruces a cuestras: desde Galicia a Aragón, pasando por Mérida, Plasencia o Segovia, muchos penitentes recorren las calles cargados con cruces más o menos pesadas y rústicas, según los casos. En Villaviciencio de los Caballeros (Valladolid), los penitentes de la Tercera Orden cargan en procesión con una cruz en la que después son crucificados.

De rodillas: hay penitentes que para cumplir alguna promesa hacen todo el recorrido de las procesiones o al menos parte de él de rodillas. En Sevilla hay gente que va tras la Virgen de los Reyes de rodillas. Miles de personas hacen de rodillas distintos trechos del Vía Crucis de la muralla de Ávila.

Coronas de espinas: otro de los símbolos que utilizan muchos penitentes. Por ejemplo, los «empalaos» de Valverde de la Vera. O los cofrades de Fuentesauco (Zamora).

anos ensangrentadas: Men Calanda, Híjar, Alcañiz, Albalate del Arzobispo, Alcorisa, Andorra, La Puebla de Híjar, Samper de Calanda, Urrea de Gaén (Teruel) o Tobarra (Albacete), más de 5.000 tamborileros hacen redoblar sus instrumentos de forma ininterrumpida durante más de 26 horas. Casi todos se producen heridas sangrantes.